

II. ACERCA DE JOSEPH ANDREWS, SU NACIMIENTO, FAMILIA, EDUCACIÓN Y EXCELENTES CUALIDADES; CON UNA PALABRA O DOS SOBRE SUS ANTEPASADOS

A JOSEPH ANDREWS, héroe de la historia que se narra a continuación, se le creía único hijo varón de Gaffar y Gammar Andrews y hermano de la ilustre Pamela, cuya virtud es tan bien conocida en la actualidad. En cuanto a sus antepasados, hemos hecho investigaciones con tanta diligencia como poco éxito; no llegamos más allá de su bisabuelo, quien, según recuerda haber oído decir a su padre un anciano de la parroquia, manejaba el garrote con gran maestría. Al no encontrar ningún dato donde apoyarnos, dejaremos a la opinión del lector curioso decidir si Joseph Andrews tuvo o no otros antepasados. No nos resistimos, sin embargo, a incluir un epitafio que nos ha sido transmitido por un ingenioso amigo nuestro:

*Detente, viajero, porque debajo de este banco
yace, profundamente dormido, Andrew, aquel hombre tan
alegre;
cuando el sol gigante del último día encienda los cielos,
abrirá su tumba y se levantará.
Vive alegremente mientras puedas: porque también tú sin
duda
pronto estarás tan triste como lo está él ahora.*

Estas líneas son tan antiguas que casi están borradas de la piedra. Pero no es necesario señalar que Andrew aparece escrito sin la *s* y es nombre de pila. Mi amigo cree, además, que se trata del fundador de esa secta de filósofos de la risa llamados desde entonces Merry Andrews*.

Prescindiendo, por tanto, de una circunstancia que, aunque mencionada en conformidad con las exigentes reglas de la biografía, carece de trascendencia, paso a hablar de cosas de más sustancia. Joseph Andrews tuvo sin duda tantos antepasados como el mejor de los hombres y quizá si retrocediéramos quinientos o seiscientos años, tal vez descubriésemos que nuestro héroe estaba emparentado con algunas personas de gran prestigio actual, cuyos antepasados del último medio siglo permanecen en la más completa oscuridad. Pero aceptemos la hipótesis de que no tuviera antepasados en absoluto; aceptemos que hubiera brotado, según la frase moderna, en un estercolero, como los mismos atenienses pretendían haber surgido de la tierra, ¿no sería este *autokropos*** igualmente merecedor de las alabanzas a que le hicieran acreedor sus virtudes? ¿No sería terrible que un hombre sin antepasados quedara incapacitado para alcanzar distinciones, cuando vemos a tantos que carecen de virtudes disfrutando del honor de sus mayores? A la edad de diez años —para entonces había aprendido ya a leer y a escribir— entró como aprendiz, de acuerdo con los estatutos, en casa de sir Thomas Booby, un tío del señor Booby por parte de padre. Como sir Thomas poseía una finca, el joven Andrews fue empleado al principio en lo que en el campo se denomina «cuidar de los pájaros». Su misión consistía en representar el papel que los antiguos asignaron al dios Príapo, deidad que los modernos conocen con el nombre de Espantapájaros; pero su voz era tan extraordinariamente musical que en lugar de asustar a los pájaros los atraía, y pronto se le trasladó a la perrera, colocándolo como subalterno del montero, con el cometido de evitar que los canes se perdieran al separarse de la jauría. También aquí la dulzura de su voz lo descalificó para aquel empleo, porque los perros

* Clowns, payasos, etcétera.

** Surgido en un estercolero. (*N. del A.*)

preferían lo melodioso de sus reproches a las incitaciones del montero, que pronto pidió a sir Thomas buscara otro puesto para Joseph, culpando de continuo al pobre chico de todas las equivocaciones cometidas por los perros; de manera que fue traspasado al establo. Enseguida dio pruebas de una fuerza y una habilidad superiores a las normales a su edad. Para llevar a abreviar a los caballos más fogosos y resabiados, los montaba con una intrepidez que sorprendía a todos. Mientras desempeñó esas funciones participó en varias carreras y lo hizo con tanta habilidad y éxito que los caballeros de la zona pedían con frecuencia a su señor que le permitiera ser jinete de sus caballos. Los aficionados con más experiencia siempre preguntaban antes de hacer sus apuestas cuál era el caballo que iba a montar el pequeño Joey —porque así lo llamaban—, y las cantidades dependían más del jinete que del mismo corcel, especialmente después de que, en una ocasión, el chico rechazara con desdén una considerable suma, ofrecida para que se dejara ganar. Esto hizo que su prestigio creciera en sumo grado y gustó tanto a Lady Booby que quiso tenerlo —había cumplido ya los diecisiete años— como paje para su servicio privado.

Joey abandonó así el establo para servir a su señora, hacerle los encargos, acompañarla en las visitas, servir la mesa a la hora del té y llevarle a la iglesia el libro de oraciones; allí su voz le dio la oportunidad de distinguirse cantando salmos: su perfecto comportamiento en todos los demás detalles del servicio divino hizo que llamara la atención del vicario, el señor Abraham Adams, quien, un día, aprovechó la oportunidad de estar bebiendo una jarra de cerveza en la cocina de sir Thomas para hacer al muchacho varias preguntas sobre religión, y sus respuestas le complacieron en extremo.

III. SOBRE EL VICARIO, EL SEÑOR ABRAHAM ADAMS, ASÍ COMO SOBRE EL AMA DE LLAVES, LA SEÑORA SLIPSLOP* Y OTROS

EL SEÑOR ADAMS era un hombre de gran erudición. Conocía perfectamente el griego y el latín, y a esto añadía una notable familiaridad con los idiomas orientales. Era también capaz de leer y traducir el francés, el italiano y el español. Gracias a estudiar con gran aplicación durante muchos años, había acumulado un tesoro de saber que muy raramente llega a encontrarse, ni siquiera en una universidad. Era por añadidura hombre de muy buen sentido, gran talento y excelente humor, pero tan ignorante al mismo tiempo de la sabiduría de este mundo como un niño recién nacido. Como nunca tenía la menor intención de engañar a nadie, jamás sospechaba que los demás quisieran engañarlo a él. Aunque generoso, cordial y valiente hasta la temeridad, la sencillez era, sin embargo, lo más característico en él: al igual que el señor Colley Cibber, no podía entender que existieran en la humanidad pasiones como la mala voluntad y la envidia, cosa que resulta menos sorprendente en un clérigo rural que en un caballero que se ha pasado la vida en el escenario, lugar que muy pocos

* *Slipslop* es una palabra onomatopéyica que parece recordar la cojera del ama de llaves.

definirían como escuela de inocencia, y donde un mínimo de observación hubiera bastado para convencer al gran Apologista de que esas pasiones tienen existencia real en el alma humana.

Sus virtudes y sus muchas cualidades, además de permitirle cumplir adecuadamente con sus deberes, hacían de él un compañero agradable y valioso, y habían contribuido tanto a recomendarlo a ojos de un obispo que a la edad de cincuenta años se le confirió un saneado beneficio de veintitrés libras al año, cantidad que, por desgracia, no le permitía brillar en sociedad porque vivía en una región de precios altos y tenía que mantener a su mujer y a sus seis hijos.

Tal fue el caballero que, después de haber observado, como he dicho, la singular devoción del joven Andrews, halló la manera de hacerle algunas preguntas sobre diferentes cuestiones, como: ¿de cuántos libros constaba el Nuevo Testamento?, ¿cuáles eran?, ¿cuántos capítulos contenían? y otras parecidas; a todas las cuales Joseph, según el señor Adams explicaba después, había contestado mucho mejor de lo que podrían haberlo hecho sir Thomas y los otros dos jueces de paz de los alrededores.

El señor Adams manifestó gran interés por saber en qué lugar y ocasión el joven Andrews había adquirido aquellos conocimientos: Joey le explicó que había aprendido a leer y escribir de muy niño gracias a la bondad de su padre, quien, aunque no pudo enviarlo a una escuela gratuita porque un primo de su casero no había votado con acierto en la elección de un capillero del municipio, se había gastado seis peniques semanales en su instrucción. El muchacho le explicó también que, desde su entrada en casa de sir Thomas, empleaba sus ratos de ocio en la lectura de libros buenos; que había leído la Biblia, los *Deberes completos del hombre* y el Kempis, y, cuando le era posible, sin que nadie se diera cuenta, estudiaba en un gran libro que permanecía siempre abierto en la ventana del vestíbulo; en él leyó «cómo el demonio se había llevado la mitad de una iglesia durante el sermón sin hacer daño a ninguno de los fieles» y «cómo un campo de maíz echó a correr colina abajo con todos sus árboles hasta cubrir el prado de otro hombre». Tales datos bastaron para convencer al señor Adams de que el libro en cuestión no podía ser otro que la

Crónica de Baker. El vicario, sorprendido de encontrar diligencia y aplicación tales en un muchacho que nunca había recibido el menor estímulo, le preguntó si no lamentaba la falta de una educación liberal y no ser hijo de unos padres que pudieran haber atendido sus deseos de saber, dándole la posibilidad de hacer fructificar sus talentos. A lo cual Joseph contestó que «sus lecturas le habían enseñado a no lamentarse de su posición en el mundo, con la que, por otra parte, estaba del todo satisfecho; se esforzaría por mejorar, que era todo lo que se requería de él, pero sin afligirse por su suerte ni envidiar la de sus superiores».

—Bien dicho, hijo mío —replicó el señor Adams—, y ojalá algunas personas que han leído muchos más libros buenos y otras que los han escrito hubieran sacado de ellos tanto provecho como tú.

El señor Adams sólo podía llegar hasta sir Thomas o su esposa a través del ama de llaves, porque milord valoraba sobre todo a los hombres por su cuidado en el vestir y por su fortuna, y milady era una mujer educada en la ciudad y muy dada a las diversiones, que siempre se refería a sus vecinos rurales como «los brutos». Ambos trataban a Adams como si fuera sólo un criado del titular de la parroquia, que por aquel entonces estaba en desacuerdo con sir Thomas; desde años atrás, el párroco vivía en permanente estado de «guerra civil» o, más bien, de «derecho civil», con el señor local y con los arrendatarios de sus posesiones. El motivo de aquella disputa era la modalidad del pago del diezmo que, en el caso de modificarse, acrecentaría en varios chelines *per annum* los ingresos del párroco. El cambio estaba aún por hacerse, y hasta el momento la única cosecha obtenida con los procesos legales emprendidos era el placer —nada despreciable, según el párroco— de haber arruinado a muchos de los arrendatarios más pobres, aunque, al mismo tiempo, también él se hubiera empobrecido en buena medida.

La señora Slipslop, el ama de llaves, por ser hija de clérigo, conservaba cierto respeto hacia Adams: profesaba tener en gran estima sus conocimientos y discutía con frecuencia con él sobre materias teológicas, pero exigía siempre un trato de deferencia porque había estado en Londres muchas veces

y sabía del mundo más que un clérigo rural, por muchas pretensiones que tuviera el vicario.

En las discusiones la señora Slipslop poseía clara ventaja porque andaba siempre a la caza de palabras rebuscadas y las usaba de tal manera que el vicario, incapaz de ofenderla pidiéndole explicaciones sobre aquellos términos, se hallaba con frecuencia ignorante del sentido de sus frases, y se hubiera sentido mucho menos perplejo tratando de descifrar un manuscrito árabe.

Un día, después de una larga conversación sobre la *esencia* —o, como la señora Slipslop prefería llamarla, la *insencia*— de la materia, Adams aprovechó la oportunidad para mencionar el caso del joven Andrews, deseoso de que el ama de llaves lo recomendase a su señora como muchacho muy capaz de aprender, asegurando que él mismo le enseñaría latín si lo dejaban a su cuidado, con lo cual estaría en condiciones de ocupar mejores puestos que el de lacayo, y añadió que sir Thomas, como ella sabía, podía muy bien mejorar la situación de Joey.

—¿Cree usted, señor Adams —dijo la señora Slipslop—, que mi señora aceptaría cualquier *concepto* sobre ese asunto? Saldrá para Londres en breve y estoy *inquebrantable* en que no dejaría de llevarse a Joey bajo ningún pretexto, porque es uno de los muchachos más distinguidos que pueden verse en un día de verano, y sin duda se desprendería antes de una de sus parejas de yeguas grises que de Joey —Adams la hubiera interrumpido, pero ella continuó—: Y ¿por qué ha de ser el latín más *ineluctable* para un caballero que para un lacayo? Es muy *competente* que ustedes los clérigos tengan que aprenderlo porque no pueden predicar sin él: pero en Londres he oído decir a algunos caballeros que no aprovecha a nadie más. Milady se enfadaría conmigo si se lo mencionara, y no tengo intención de exponerme a semejante *hecatombe*.

Al terminar aquellas palabras se oyó la campanilla de su señoría y el señor Adams tuvo que retirarse, con lo que no volvió a encontrar otra oportunidad de abordar el tema porque el viaje a Londres se inició pocos días después. Joey quedó, sin embargo, muy reconocido hacia él por sus buenos de-

seos, asegurando que nunca lo olvidaría, y aquel hombre excelente se apresuró a hacerle muchas advertencias relativas a su comportamiento en el futuro y a su perseverancia en la inocencia y en la laboriosidad.